

X

HOMBRES Y RECURSOS

De Huelva a Cartagena, la tierra que al comenzar el milenio anterior a nuestra era formaba la confederación de pueblos conocida como Tartessos y al terminar este milenio los romanos han transformado en la Bética, precedente inmediato de nuestra Andalucía, fue durante dos o tres mil años para los otros pueblos del Mediterráneo lo que América para los españoles del siglo XVI, las «Indias», la tierra del oro y la plata. A Homero —dice Estrabón— le ponderaron los navegantes griegos la vida feliz de los habitantes de la franja mediterránea de la Península Ibérica, su apacible condición y su riqueza. La imaginación de los griegos comenzó a forjar los mitos de Hércules y situarlos en esta tierra maravillosa. Los mitos avivaron la ambición de fenicios, griegos, cartagineses y romanos, y como la realidad era más fabulosa que la misma fábula, todos se enriquecieron.

Los fenicios eran conocidos en el Mediterráneo oriental como los «hombres de la plata». Los fenicios conocieron, bien directamente, como sostiene Sirte, bien por su trato con los anatolios, los prospectores de metales llegados al Argar en el milenio segundo anterior a nuestra era, las riquezas mineras de las sierras de Gádor y Almagrera, por su interés en mantener en secreto la procedencia de los metales, plata especialmente, con que dominaban este mercado en el Mediterráneo oriental, despertaron la curiosidad de los foceos, que se convirtieron en sus competidores. Con la plata y el plomo de nuestra tierra se enriquecieron los fenicios, los foceos financiaron su colonia de Massalia (Marsella) y las que establecieron en el Levante español, los cartagineses su ocupación del Mediterráneo occi-

dental y las tres guerras con los romanos y éstos se enriquecieron durante los tres primeros siglos de su dominación en España.

«El tema de Tartessos —concluye Blázquez— apasiona como pocos, ya que con él se vinculan los orígenes de la navegación fenicia y griega en occidente, los orígenes del imperialismo cartaginés, el comercio entre los pueblos atlánticos al principio del primer milenio, la llegada de los indoeuropeos al Sur de la Península y las relaciones con Etruria y Cerdeña y con el Norte de Africa. Tartessos centra la Historia del Mediterráneo occidental durante la primera mitad del primer milenio a.C. y repercute económicamente en todo el Mediterráneo oriental».

Las minas de plomo de la sierra de Gádor, de plomo argentífero y de plata de Sierra Almagrera y el estaño de las Casiterides, en poder de los hombres de la confederación tartesia, desaparecido el peligro de los Pueblos del Mar, reactiva el tráfico comercial en el Mediterráneo. Blázquez afirma: «En realidad, el fenómeno que se produce en todo el Mediterráneo entre los siglos VIII y VI es una gran koiné circummediterránea, una de cuyas provincias sería Tartessos».

De las minas del Sudeste —Sierra de Gador y Sierra Almagrera— dice Estrabón, inspirado en Poseidonios: «Cualquiera que haya visto estos lugares, podría decir que son los almacenes inextinguibles de la naturaleza o los inagotables tesoros de un Imperio, porque el país no solo es rico en lo que muestra, pero también en lo que oculta. Y en verdad, para sus habitantes el suelo está regido no por Haides (dios del infierno), sino por Ploutos (dios de las riquezas)».

Los indígenas, que reciben a los colonizadores históricos del milenio anterior a nuestra era, son los descendientes de los neolíticos de la cultura de Almería, megalíticos y argáricos, muy mezclados con los fenicios. Son los libiofenicios, que vio el navegante massaliota en el siglo VI a.C. A éstos se van a unir los focenses y sobremanera los cartagineses. Entre todos conforman a los iberos, que en el crisol romano conviven con orientales y judíos.

No todos los historiadores están conformes con la unicidad de los puntos de mira, desde los que los marxistas contemplan la historia de la humanidad, uno de los cuales sustenta dogmáticamente que esta historia es la de la lucha de clases. Alföldy afirma que la definición de la sociedad, que se deduce de tal principio —sociedad esclavista, sociedad clasista— peca de simple, porque hay que tener presentes hasta ocho factores más, para calificar una sociedad. Lueino se opone a la conclusión marxista de que la primera división en clases sociales es la de los grupos de libres y esclavos, que se produce al acabar el comunismo primitivo con la forma-

ción de los imperios tribales de la prehistoria clásica, fenómeno que expresa la formación del Estado y de la sociedad esclavista, y sostiene que la primera división en clases es la de los metecos en Grecia y los plebeyos en Roma, personas desvinculadas de sus tribus, que viven toleradas en los territorios de las tribus fundadoras de las ciudades griegas y romanas, lo que ocurre en los primeros siglos del último milenio a.C. Esta tesis tiene más visos de verosimilitud.

Los indígenas, que reciben a los colonizadores históricos, siguen vinculados a sus tribus, a las que se dan enteramente y en ellas encuentran el amparo y ayuda que necesitan para desenvolverse. Los cartagineses les ofrecen las aventuras y los salarios de un mercenariado voluntario, los romanos imponen la esclavitud, porque necesitan mano de obra barata.

Consumada la romanización de la Bética y Levante, la mayor parte de las poblaciones que encontraron los romanos en la franja mediterránea, son verdaderas ciudades y están administradas a estilo romano. Así Turaniana, Murgis, Abdera, Vergi. En las gentes que las pueblan Vicens Vives ve tres grupos: los ricos, los pobres y el elemento urbano. A éste atribuye la romanización. Sus componentes viven con mentalidad hispanorromana. Los otros dos grupos son periféricos. Seniores y humiliores los llamaban; seniores son los antiguos jefes tribales y los funcionarios extranjeros, suritalicos mayormente, que se han enriquecido al amparo de las leyes romanas; humiliores eran los jornaleros con paro estacional y los esclavos. Los jornaleros son producto del latifundismo agrario, que aflora entonces por la combinación de tres factores, la geografía, la tradición tartesia y la conveniencia romana. Los esclavos son consecuencia de las guerras de independencia contra los romanos de los siglos II y I a.C. Conforme se va estableciendo la paz, se anega esta fuente de mano de obra casi gratuita y se impone la contratación de mano de obra asalariada. La esclavitud como sistema económico agota sus posibilidades durante el Alto Imperio y subsiste después del siglo III d.C. como fenómeno al margen de la estructura social. La manumisión fue un estímulo para dinamizar la producción del esclavo y una válvula para evitar la revolución, que habría acabado con el sistema. Los libertos se convierten en los elementos más dinámicos.

Entre los hombres libres pertenecían al orden senatorial los que gozaban de un millón de sestercios de renta, solían vivir en Roma. Eran del orden ecuestre los que tenían de renta cuatrocientos mil sestercios; integraban esta clase en España los descendientes de los colonos romanos, enriquecidos en las explotaciones mineras e industriales, con la sangre de los esclavos literalmente. La oligarquía municipal estaba formada por los decuriones, que eran los más ricos de los municipios. Componían la plebe

urbana y rústica los artesanos y los campesinos, hombres libres, pobres, cuya situación no se diferenciaba mucho de la de los esclavos. Estos eran considerados como cosas, instrumentos de trabajo, que enriquecieron a los colonos.

Andando el tiempo, ya en el Bajo Imperio todos se redujeron a dos grandes grupos sociales, los honestiores y los humiliores, con un grupo intermedio formado por los funcionarios.

Los senadores o clarísimos constituían la cumbre de la pirámide social. Formaban en los humiliores los colonos, campesinos libres que no estaban sujetos a la tierra, tenían a su servicio esclavos y libertos, encuadrados en sociedades o collegia de tipo doméstico. Se añadían a los humiliores los artesanos y los mineros, los obreros de las fábricas imperiales y los sacerdotes más humildes. Dozy los reduce a tres grupos: los ricos, pocos en número, que vivían en la abundancia; los curiales, los colonos y los esclavos, cuya condición venía a ser la misma en el Bajo Imperio, vivían en la pobreza, con su trabajo sustentaban todo el entramado social y no tenían más escape que dedicarse al bandidaje, formaron las cuadrillas de los bagaudas, que aterrorizaban a las ciudades y facilitaron la ocupación de los bárbaros; y la plebe urbana, tumultuaria, temida y envilecida, que vivía en parte de su trabajo y en parte a expensas de los otros. Dozy se fija más en las diferencias económicas y sociales y es catastrofista; pero no se aparta mucho de la realidad, si consideramos las circunstancias de los siglos V-VII d.C.

Los recursos que enriquecieron a los colonizadores históricos fueron los minerales y el garum. La minería tuvo en el Sudeste dos períodos de auge, uno durante los siglos VII-VI y IV-III, explotaciones fenicia y púnica, y otro en los siglos II-I, la etapa más importante de la explotación romana. Ambos períodos en el milenio anterior a nuestra era. Los beneficios para fenicios, cartagineses y romanos, sobre todo para estos últimos fueron, no solo por la riqueza de los filones de plomo y plomo argentífero y plata nativa de nuestras sierras, sino por lo barata que resultaba la mano de obra esclava. La esclavitud fue uno de los grandes negocios de aquellos tiempos. «Los trabajadores de las minas —dice Diodoro— hacen ricos a sus dueños, porque los rendimientos rebasan el límite de lo creíble. En la parte de la sierra de Gádor que mira a Berja y Dalías quedan rastros de explotaciones púnicas y romanas; la mayor actividad minera se desarrolló en la zona que mira al Foudón y Canjáyar.

Más productivo fue la producción y exportación del garum. La materia prima, los peces y la sal, abundaba en la mar de Alborán y en la costa del Campo de Dalías, tomaria y manipularia apenas requería esfuerzo. La costa estaba festoneada de pesquerías —Adra, Balerna, Guardias Vie-

jas, Roquetas, La Algaida— y tenía unas grandes salinas en los Cerrillos, instaladas, según Vila, durante el predominio cartaginés. Renard supone que fueron los jonios y los clazomenos de la Abdera griega los que, vistas las excelentes condiciones de las pesquerías de Abdera y Murgis, descubrieron la fórmula de fabricación del garum a sus colonos de la Abdera alpujarreña. Los precios que este producto alcanzaba en Roma eran fabulosos.

La exportación del garum exigió la instalación de alfares, para fabricar las ánforas en que se envasaba. En nuestra tierra no hay indicios de su existencia. Las ánforas que se han recogido en los pecios de Roquetas y Punta Entina debieron hacerse en alfares en tierras granadinas y lo mismo las vasijas de cerámica sigillata, cuyos fragmentos han aparecido los decorados con una corona circular en el Palmeral de Roquetas, con unos círculos en Adra, con estrellas a base de ocho palmetas en Cabriles.

Dice Estrabón que en nuestra tierra se daba el olivo, la vid y la higuera. La vid se cultivaba en la Alpujarra más que para hacer vino, para obtener uvas de colgar y quizás pasas. Plinio dice que «la parra se montaba con pértigas, cañas, cuerdas de crin o de cáñamo» y cita expresamente a España. La producción de higos era abundante, según Columena. «Los higos secos más estimados —dice Plinio— se guardaban en cajas». Lo mismo que ahora los de Turón. Las higueras debían cubrir los alrededores de la sierra de Gádor. Los higos selectos se destinaban —dice Estrabón— a cebar peces en los viveros. El Campo de Dalías debía estar tan cultivado como hoy, en parte dedicado a la producción de flores y hortalizas para recreo de sus habitantes. Advierte Polibio que «las rosas, los girasoles blancos, los espárragos y otras plantas semejantes sólo dejan de producirse tres meses al año».

Con la agricultura la ganadería. Las zonas no cultivadas del Campo de Dalías y las faldas de la sierra de Gádor ofrecían buenos pastos para el ganado. Estrabón dice que en la Turdetania, de la que formaba parte la Alpujarra, la abundancia de ganado era enorme y atribuye la bondad de la carne y de la leche del ganado vacuno a la calidad de los pastos. Juvenal atribuye la calidad de las lanas a los pastos, las aguas y el clima.

Una inscripción de Adra nos descubre que el municipio arrendaba las fincas de propiedad comunal a los agricultores, que las cultivaban con trabajadores esclavos y libres, que formaban una comunidad. En esta inscripción se dice, ya lo hemos referido en otra ocasión, que el labrador arrendatario Fausto y su capataz, el liberto Suave, junto con los obreros rendían culto a los Lares y al Genio protector de la finca. Formaban una pequeña comunidad. Esto en el siglo II d.C.

Una red de rutas marítimas ponían en comunicación las costas italianas y las islas del Mediterráneo occidental con las costas del Levante y Sudeste españoles hasta el Estrecho de Gibraltar, cuyas poblaciones estaban enlazadas por tierra por la Vía Augusta. La ruta más antigua podría llamarse «la ruta en -oussa», del nombre de los puntos que tocaba: Syrakoussa (Sicilia), Pithekoussa (Italia), Ichnoussa (Cerdeña), Meloussa, Kronyoussa, Pityoussa (Islas Baleares), Oinoussa (La Nao), Pytyoussa (Punta del Sabinal) ¿Puerto Grande?. Estrabón pondera el número y la grandeza de las naves, que enlazaban los puertos italianos con los nuestros, especialmente el de Ostia, puerto de Roma y el de Puteoli, desde la primavera al otoño. Costeaban el litoral español hasta Alicante, pasaban a las Baleares y por el estrecho de Bonifacio llegaban a Ostia; otra derrota seguía la costa hasta el Sur de Francia. La proximidad de Italia —dice Mommsen— y las comunicaciones cómodas y baratas por mar abierto «a los centros españoles del litoral mediterráneo y levantino (abrían) una ruta magnífica para poder colocar sus ricos productos en el primer mercado del Universo y es muy probable que Roma no llegase a mantener con ningún otro país del mundo un comercio al por mayor tan voluminoso y tan sostenido como con España». Las ánforas, los contenedores de la época, inventadas por los púnicos, en que se llevaban el garum, vino, aceite y los cereales, se fabricaban en los alfares de Calahonda, a poniente de Adra. Son de cuerpo ovoide o cilíndrico, boca ancha y fondo terminado en una punta sólida y aguda, para hincarlas en la arena mientras esperaban en las playas el momento del embarque y en los orificios hechos adrede en los bancos de madera de las naves, para que se mantuviesen derechas. Llevaban grabados el nombre y dirección del comerciante. Nos han proporcionado ejemplares de estas ánforas los pecios o barcos hundidos en Almuñécar, Salobreña, La Herradura, Adra, Guardias Viejas, Punta Entina, Los Percheles, Roquetas y Las Palmeras.

Los impuestos sobre la entrada y salida de mercancías se agrupaban bajo la denominación de portorium, se cobraban en determinados lugares, el más próximo al Campo de Dalías estaba en Iliberri (Granada). Los cobraban los malfamados publicanos o arrendadores.

Dice Blázquez que el uso de la moneda en la antigüedad española no se generaliza hasta el siglo I a.C. En la Bética y el Sudeste circularon monedas fenicias, griegas e ibéricas acuñadas in situ. Roma encontró que muchas ciudades acuñaban moneda y no suprimió estas cecas locales, sino que adaptó las monedas al peso de las romanas, denarios y ases y acuñó monedas de plata y bronce con caracteres ibéricos según su metrología.

En la Turdetania y Bastetania hubo cecas en Abdera, Murgis, Urçi, Acci (Guadix), Basti (Baza), Iliberri (Granada). Gil Farrés supone que

se pudo labrar en Abdera monedas hispanocartaginesas. En esta población se siguió acuñando moneda hasta bien entrada nuestra era; son las que hemos descrito al estudiar la Abdera romana. Se conocen dos monedas acuñadas en Murgis; presentan una cabeza galeada según Hübner y el P. Fita o laureada según Gil Farrés, mirando a la izquierda y un águila explayada, con la leyenda MV, que Hübner y el P. Fita leen Murgis. Ya hemos dicho que en la Algaida se encontraron monedas romanas emitidas por varios emperadores, que van de Tiberio a Valeriano.

Tovar cree «que entre el complejo de raza, tipo cultural, pueblo, en muchos casos, y esto es más evidente cuando se trata de pueblos antiguos, la lengua es precisamente el elemento más significativo y claro». Es el vehículo que nos lleva a conocer con mayor seguridad el grupo étnico y cultural de nuestros antepasados de la Edad Antigua.

El instrumento de la lengua es la escritura, que viene de fuera en el año 1500 a.C., cuando en la cuenca del Mediterráneo se impone cierta unidad lingüística preindoeuropea. El alfabeto puro, que da origen a los ibéricos, que son el silábico del Sudoeste con signos del mundo tartesio, el jónico del Sudeste del que se conocen 500 inscripciones y el fenicio de rasgos arcaicos, en el litoral. La muestra más importante del jónico del Sudeste es la del plomo aparecido en la sierra de Gádor, ya estudiado.

Los pobladores de las comarcas españolas del milenio a.C. pervivieron en sus descendientes que, andando el tiempo, se romanizaron y arabilizaron. De muchos nombres de lugar, que impusieron sus antepasados, perdieron el significado, de otros lo conservaron y transmitieron a sus descendientes hispanorromanos e hispanoárabes y han llegado a nosotros. Son auténticas joyas. En la Baja Alpujarra almeriense nos quedan Adra-Abdera, Mourgis, Celim, Vergi-Berja, Vúcar, Turaniana-Adarlín, Albaida, Alcaudique, Almatalfn, Báguena, Celn, Dendera, Gádor, Guainos, Jebean, Jebecín, Julbina, Lucainea.

